



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 39.

JUEVES 4 DE DICIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL TRIUNFO DE LA MISERIA: leyenda por M. Ossorio y Bernard.—EDMUNDO Y SU PRIMA: (Conclusion).—EL GENERAL FRANCÉS LA FAYETTE.—LA ATRACCION DE LAS SERPIENTES.—LA MODA EN LAS BELLAS ARTES: por Florencio Janer.—EL POETA EN EL SIGLO XIX: por Rojas de Rojas.—LA OVEJA PERDIDA: por Pfeffel.—LOS LEFINES: (Continuacion).—A LOPE DE VEGA EN SU CUMPLEAÑOS, por Rafael García y Santisteban.—LA NIÑA Y LA ROSA: poesia por José Villeta.—EL CIRCO BARCELONES.—EL ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL.

EL TRIUNFO DE LA MISERIA.

LEYENDA.

La Miseria corre sin cesar por el mundo espiando á los perezosos, los imprevisores y los desanimados, para apoderarse de ellos.

Cansada un día de golpear á la puerta de los atrevidos y valerosos pobres que la rechazaban cantando con los instrumentos de su oficio, se deslizó poniéndose al acecho bajo los balcones de las fondas. Esperaba encontrar en alguna de aquellas casas grandes algun borracho ó negligente portero que olvidase cerrar las puertas, para hacer un buen negocio; porque una vez que consigue introducirse en alguna parte, es raro que no se enseñoree en ella. No es creíble, por lo tanto, que solo le gusten las chozas: los ricos palacios despiertan particularmente sus deseos; por que en ellos hay mas materia que devastar y dura el placer largo tiempo, antes que acabe de destruirlo todo.

Después de haber errado algunos instantes, la Miseria llegó al palacio de un gran pródigo, hombre lleno de confianza en su riqueza y su destino, ciego para lo que poseía y que habia hecho agrandar las ventanas de su palacio, por no juzgarlas sobrado anchas para arrojar por ellas su dinero.

El portero no se hallaba en su puesto. Estaba ocupado en vaciar las botellas del pródigo con otros tunantes de su ralea.

La Miseria sonrió alegremente á la vista de la puerta abierta de par en par y subió la escalera sin apresurarse. En los peldaños encon-

tró á muchas gentes que iban y venian, cargadas de despojos. La mayor parte no fijó la atencion en ella; pero los que la reconocieron empezaron á burlarse, diciendo que hacia bien en subir, lo que aumentó su alegría anterior.

Escuchábanse los sonidos de la música. Las ruidosas risas y los alegres gritos resonaban en el salon, donde daba el pródigo una fiesta.

La Miseria se detuvo en el umbral de la sala y se puso á considerar con un placer maligno lo que pasaba en ella. En aquel momento una misteriosa influencia emanada de ella se dejó sentir entre los convidados: la fiebre redobló en aquella multitud que se oprimia al rededor del pródigo.

Este se hallaba en medio de la sala, recostado en su sillón. Era un mancebo grueso y alegre: incesantemente introducía el brazo en un cofre lleno de riquezas, que habia á sus piés, luego lanzaba en todas direcciones puñados de oro que iban á herir á este ó aquel en los ojos, en el rostro, en el pecho, hiriéndoles sin que ninguno de ellos pensase en quejarse: no cabian en sí de gozo, prefiriendo al contrario, ser así golpeados. El dueño de la habitacion arrojaba tambien algunos atadillos de papeles, billetes de banco y letras; pero al revolotear por el aire iban á quemarse por lo regular en las cien mil lámparas encendidas para la fiesta.

Aquellas mujeres, aquellos jóvenes, aquellos ancianos de vil é impudente rostro que se oprimian en torno del pródigo, semejaban á los mas despreciables animales. Cada vez que alguno de ellos, inclinándose, decia al dueño de la casa. «Sois el hombre mas hermoso, de mas ingenio, mas magnífico del mundo» estaba seguro de recibir en recompensa alguna rica bolsa de tissú bien repleta. Pero no era esto bastante para saciar su sed de riquezas: tambien iban por todos los rincones de la sala, donde se hallaban amontonados en desorden, vasos preciosos, cofrecillos, telas raras, diamantes, monedas de oro perdidas, y sin que nadie se opusiera llenaban sus bolsillos. Las mujeres, para divertirse, hacian pedazos las mas ricas

tapicerías, agujereaban los cuadros y derribaban los candelabros, y todos al mirarlás rebenaban de risa.

Los criados del pródigo, por su parte, saqueaban la mesa del festin, recientemente abandonada, bebían los vinos y robaban la plata, haciendo gestos groseros é insultantes.

Toda aquella gente se mofaba del pródigo, y bien considerado, era el palacio semejante á un hospital de las mas feas enfermedades morales que puedan deshorrar al género humano.

Al rededor de una mesa de juego, algunas personas con trazas de aves de rapina, se apoyaban en los hombros de otras, cayendo al suelo mas débiles. Sus rostros parecían no tener mas facciones que unos ojos enormes, dilatados y fijos, cuyo brillo hacia relucir el oro sobre el tapete. Dos de ellos derribados en el suelo y pisoteados, ahullaban de furia y dolor y aunque no pudiesen ver lo que pasaba en la mesa dirigían obstinadamente á ella sus ojos, cual si esperasen atravesar la madera ó el cuerpo de los que se hallaban en pié. Un tercero, encorvado al peso de los jugadores habia caído de rodillas. Agarrábase con una mano á cuanto podia agarrar y casi ahogándose; pero siempre luchando con encarnizamiento estendía su otra mano hácia el pródigo para pedirle mas dinero, por haber perdido lo que antes le diera. Pero como el pródigo estaba vuelto de otro lado y no la veía, aquella mano desesperada se agitaba vanamente implorando socorro. En fin, detrás del grupo, unos ladrones jugaban sin riesgo de perder, haciendo pasar á sus bolsillos las ganancias de los jugadores afortunados.

Mas lejos, se bailaba frenéticamente. Una música arrastraba á infinidad de hombres y mujeres pálidos, y cuyos sueltos cabellos, azotaban el rostro de los espectadores.

Aquel desorden, aquella embriaguez, regocijaban á la Miseria: decidida por fin, atravesó el dintel y puso el pié en el salon. Una especie de diablillo, oculto en la sombra de una columna (tal vez el demonio familiar de la casa) no bien la hubo visto cuando corrió hácia el rico:

—Ten cuidado, le dijo, mira á la Miseria!

—Que sea muy bienvenida! repuso locamente el pródigo, yo la despediré convertida en Fortuna. Soy bastante rico para dotarla y casarla con Pluton. Quiero libertar de ella al mundo.

La Miseria estaba vestida con estraneza. Algunos gruesos harapos que habian sido antiguamente vestiduras soberbias, cubrian mas que de ordinario la asquerosa delgadez de su cuerpo y su boca trataba de sonreír. Era, en suma, una singular aparicion.

El pródigo la juzgó mas original que horrible y la dirigió un amable saludo. Si la hubiese examinado atentamente, se hubiera espantado; pero ella tuvo la precaucion de taparle sutilmente los ojos con una venda invisible. La precaucion era casi inútil: aquel hombre no queria ver.

Tomóle de la mano y echándole al cuello un brazo descarnado como para acariciarle «ven conmigo, le dijo; soy tu amiga; quiero conducirte á una mansion desconocida, donde hallarás mas reposo que aquí; te fatigas mucho bajándote para cojer tanto oro, tu ánimo padece inventando fiestas y nuevos medios de gastar tu dinero, comprando vasos, cuadros, tapices. Ven; yo te libertaré de todos esos cuidados: tu imaginacion no se cansará con esas penosas invenciones, gozarás en la indolencia; sin tener que hacer nada, ni aun tomarte el trabajo de comer.»

En su locura, tomó aquel hombre aquellas palabras irónicas por un discurso sério y poco á poco se dejó seducir. Levantóse, y la siguió. El diablillo de la casa comprendió que no era bastante fuerte para trabar una lucha con la Miseria y empezó á apagar las lámparas y descolgar los cuadros, por mas que en su interior sintiese que la casa se viera privada en adelante de sus adornos y sus fiestas.

Entretanto el pródigo llenas aun las manos de oro, marchaba indolentemente guiado por la Miseria que no le soltaba del brazo, en medio del estupor de los asistentes.

—Mucho me aprietas, le dijo por fin.

—Es para que nunca nos separemos, le repuso ella riendo.

En seguida apareció el cortejo ordinario de la Miseria. Una multitud de seres horribles invadió el palacio: cada uno de ellos llevaba un papel en que se leían estas palabras: *Cuenta, deuda, memoria.*

—Avancemos mas, dijo la Miseria.

—Y el pródigo, con los ojos vendados, bajó la escalera con ella.

—¿Adónde me llevas? preguntó; este camino es fatigoso y se anda sin querer.

—Es porque siempre baja! respondió la Miseria.

Algunos convidados que subian la escalera, sin saber lo ocurrido, saludaban aun al rico, recogiendo las últimas monedas de oro, que caían de su manos.

Pero en lo alto, los demás, apoyados en la balaustrada encogían los hombros riendo y señalando con el dedo al pobre insensato, arrastrado á su pesar á su pérdida, y le decían un irónico adiós.

La Miseria condujo al pródigo por las calles: sus criados cerraron la puerta tras él. Luego le arrancó la venda de sus ojos y quitándose sus ricos harapos se le apareció tal como era en realidad, casi desnuda, horrible. El la contempló con espanto, levantó los ojos estúpidamente á su palacio y vió en sus balcones los papeles que indicaban pretender ser alquilado.

—¿Quien eres? le preguntó lleno de terror, avalanzándose como un naufrago al llamador de su puerta.

—Soy tu amiga. Ya no nos separaremos nunca.

Y volviéndole á agarrar, le arrancó violentamente de su puerta y le enseñó á lo lejos algunas chozas miserables.

—Hé ahí adonde vamos, dijo.

Como él estaba turbado no podia comprender aun quién era y qué le queria; pero bien pronto, en su camino, escuchó decir á todos: ved á la Miseria, que le arrastra.

Entonces comenzó á lamentarse.

—Ah! traidora! porqué me has elegido por tu víctima, cuando vivías tan lejos de mí? Por qué no te cuidas mejor de todas esas gentes que viven á tu lado y están acostumbradas á verte? Yo no te conocía!

—No soy bastante hermosa para elegir á los que prefiera? dijo la Miseria con una risa estridente y burlándose de él.

Para llegar hasta las chozas tuvieron que atravesar un camino inculto, pues en él no se encontraban árboles, para reposar á la sombra, fuentes para apagar la sed, ni posadas para comer: en cambio estaba lleno de zarzas, agüeros y guijarros, y aunque breve pareció larguísimo al pródigo. Quejóse del sol, de hambre y de sed. Desgarráronse sus vestidos, sus pies se ensangrentaron; pero la Miseria le arrastraba riendo, sin inquietarse de sus gemidos, sin mirar si se destrozaba las manos, las rodillas ó el rostro. En pocos instantes se habia quedado tan flaco como la Miseria misma.

—Ah, cruel Miseria! porqué me haces sufrir? exclamó.

—Ah! pobre tonto! por qué me has dejado entrar en tu casa? le contestó.

Y como no podia justificarse de su imprevisión, no respondió y continuó caminando con la cabeza baja.

Por fin llegaron junto á las chozas.

¿Qué triste aspecto ofrecían! Cualquiera lo hubiera juzgado invadido por la peste.

La Iglesia estaba cerrada y ruinosa. No habia consuelo, caridad, ni esperanza para los que se habian dejado llevar hasta allí. La palabra *quiebra* estaba inscrita sobre una casa donde antiguamente se vendía vino. No habia cosechas, ni sembrados. En un pajar se hallaba acostado un hombre, medio desnudo.... muerto ó dormido. Mas lejos llevaban dos guardas á otro hombre y detras conducían á un cuerpo ensangrentado: una puerta muy grande se hallaba abierta: la prision!

La Miseria empujó al pródigo á una habitacion desnuda y estropeada, cuyas agujereadas paredes y hundido techo, dejaban pasar un viento furioso y una lluvia helada. El suelo era una tierra fangosa y no habia puertas: para qué serviría? La Miseria se colocó en el dintel como un carcelero y agitaba en su mano la venda fatal. Hallábanse por tierra los restos de una botella rota, algunos instrumentos informes, roídos por los ratones, otros gigantescos cuyo peso habia espantado sin duda á todos los habitantes de aquella triste mansion, porque los habian dejado tomarse de la humedad. En un rincon se veían multitud de huesos humanos; contra la pared se movía una cuerda sujeta á á un clavo.

—Esos huesos, dijo la Miseria, son de uno de los que te han precedido aquí y que murió de hambre. Otro se ha servido de esa cuerda para ahorcarse.

Al escuchar estas crueles palabras, se puso el pródigo á llorar.

—Inútil es que llores, le dijo ella! morirás como uno de esos dos.

Entonces miró hácia la puerta con ánimo de huir, porque distinguía á lo lejos, en la ciudad que habitaba, coches, caballos y tranquilos paseantes.

Pero la Miseria le golpeó con su látigo.

En este momento escucharon una cancion, la cancion de un hombre cuya conciencia estaba tranquila. El pródigo volvió á mirar por el camino que conducía de la rica ciudad á las miserables cabañas, vió caminar á un pobre hombre (tal lo juzgaba al menos) que llevaba una carga á la espalda; pero que parecia satisfecho.

—No le mires, dijo la Miseria irritada, por que te infundiría esperanza, indicándote acaso el único medio de huir de mí: *el trabajo!*

M. OSSORIO Y BERNARD.

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONCLUSION.)

A la mañana siguiente muy temprano monsieur Guinguet se estaba preparando para salir

en busca de Edmundo; se paseaba por su habitacion hablando en voz baja y tratando de darse valor á sí mismo; cuando su valor decaía pensaba en Pelagia y el amor le daba nueva fuerza. Al salir de su casa con un par de pistolas que le habia prestado un amigo, fué detenido por el portero que le entregó una carta; Guinguet la abrió y leyó lo siguiente:

«He oído anoche toda vuestra conversacion con Pelagia; pero no debeis batiros por causa mia, Mr. Guinguet, porque Edmundo no os ha dicho mas que la verdad y no me ha calumniado en nada. Adios, decid á Pelagia y á su tio que los amaré siempre pero que debo dejarlos; puesto que lo saben todo, no deben considerarme digna de vivir con ellos.—CONSTANZA.»

Cuando Guinguet hubo acabado de leer la carta las pistolas se le cayeron de la mano; sin embargo, volvió á leerla para estar seguro de que no se habia equivocado, pero una vez cierto de su contenido, volvió á coger las pistolas y se apresuró á entregárselas á su amigo; luego se fué á casa de Pelagia á quien halló en compañía de su tio y preguntó bruscamente por Constanza.

—Ha salido esta mañana muy temprano y todavía no ha vuelto, dijo M. Pause, sin duda alguna ha ido á tomar alguna labor de la modista. Guinguet presentó entonces á Pelagia la carta que acababa de recibir. Pelagia con la voz entrecortada por los sollozos le leyó la carta á su tio contándole además todo lo que habia pasado la noche anterior. Mr. Pause censuró severamente la conducta de su sobrina de exigir que Mr. Guinguet desafiara á Edmundo, aunque desde luego no creía que Constanza fuera culpable.

—No, no lo es, exclamó Pelagia, esa carta en que se acusa á sí misma me convence de que lo que ella temía era el desafío y que su primo pudiera perecer en él, porque le ama todavía y jamás ha pensado mas que en su felicidad; aun no ha dejado de amarle, lo sé, estoy cierta de ello. ¿Pero á dónde se ha ido? ¿qué ha sido de ella? sola, sin amigos, sin consuelos... Mr. Guinguet, buscad á Constanza, debeis ir hasta el fin del mundo para encontrarla, no llegareis á ser mi marido hasta que me hayais traído á casa á mi desgraciada amiga.

—¿Cómo! señorita ¿es acaso culpa mia el que Constanza os haya dejado?

—No importa que no lo sea, Mr. Guingnet; yo no seré feliz mientras no la tenga á mi lado y como yo deseo ser feliz cuando me case, quiero encontrarla primero.

El pobre Mr. Guinguet echó á andar arrancándose los cabellos y pensando en los disgustos que tenia que tener antes de llegar á ser el marido de la señorita Pelagia. Sin embargo, empezó sus investigaciones el mismo dia; todos los momentos que le dejaba libres su destino los empleaba en correr por los diferentes barrios de la ciudad haciendo averiguaciones acerca de Constanza, pero todo fue en vano, en ninguna parte obtuvo noticias de ella, y cuando por las noches daba cuenta á Pelagia del mal éxito de sus pesquisas no recibía mas recompensa que un aumento en el mal humor de esta.

Entre tanto otros acontecimientos ocurrían en la familia de Mr. Bringuesingue. Este estaba tan deseoso como siempre de tener á su lado á Edmundo; pero un dia su yerno fue el primero que hizo notar ciertas torpezas que habia cometido. Mr. Bringuesingue que habia hecho dos ó tres cosas inoportunas que hubieran pasado desapercibidas si Edmundo mismo no las hubiera ridiculizado abiertamente.

La consecuencia de esto fue una violenta querrela.

—Os dí mi hija en el concepto de que me sería útil, le dijo Mr. Bringuesingue, vos habeis sido la causa de que yo despidiera á Comtois que se contentaba con rascarse la nariz cuando yo cometía alguna inadvertencia, pero vos os reis abiertamente cuando cometo alguna falta; ¡oh! esto no puede seguir así.

—Vos no os tomáis la molestia de tocar ahora nada para que yo baile, le decía Mad. Bringueringue á Edmundo, ó si condescendeis á sentaros al piano, tocais tan de prisa que me es imposible guardar el compás y me fatigo mucho; no es de esta manera como debíais tratar á vuestra suegra.

—Jamás me lleváis á dar un paseo, decía Clodora á su vez, y sin embargo, estoy muy deseosa de pasear.

A todas estas quejas Edmundo contestó friamente: mi querido suegro, cuando vos me ofrecísteis vuestra hija, me debísteis decir que al aceptarla contraía la obligacion de ser vuestro mentor; pero ahora es ya demasiado tarde para empezar vuestra educación. Escuchadme; no trateis de imitar las maneras de vuestros superiores, porque no lograreis mas sino que se rían de los esfuerzos que hagáis para ello. Mi querida suegra, no censuro vuestra pasión por el baile, pero no puedo condescender á pasar mi vida tocando el piano para divertirlos. En cuanto á vos, esposa mía, si no os llevo con frecuencia á paseo, es porque siempre bostezais en el momento en que empiezo á hablaros, de lo que naturalmente infiero que ni mi conversacion ni mi compañía os son agradables.

Esta clase de contestacion era poco á propósito para calmar el descontento doméstico. Las cosas iban así de mal en peor, cuando por todas partes se supo que Edmundo habia perdido una gran cantidad de dinero, y que próximamente habia disipado toda la fortuna de su mujer. Clodora lloró, su madre se desmayó y Mr. Bringueringue estaba hecho una furia tratando de que pusieran en la cárcel á Edmundo hasta que pagara la cantidad que habia perdido tan locamente; pero cuando vió que no podia castigarle de este modo, se consoló dándole la orden de que saliera inmediatamente de la casa para no volver á entrar jamás en ella, y que no considerase en lo sucesivo á Clodora como á su mujer.

Edmundo hubiera podido tener el derecho de llevarse conmigo á su mujer, pero estaba muy poco dispuesto á hacer uso de él. Dejó á Clodora con sus padres, y se separó de la familia Bringueringue sin mas que un solo pesar, el de no hallarse aun soltero.

Después de estos sucesos alquiló un taller y se puso á trabajar con constancia; es verdad que sus pinturas no eran mucho mejor pagadas que lo que le prometia en otro tiempo Mr. Pause y que él habia mirado con tal desprecio; pero las vendia en seguida haciéndose de este modo una renta regular. Disgustado del mundo, desengañado y saciado de sus placeres y abandonado de sus amigos, Edmundo apenas dejaba la casa y pasaba todo su tiempo delante de su caballete de pintar.

Estaba sorprendido al ver la satisfaccion que encontraba en su nuevo modo de vivir, y le admiraba su contento estando siempre ocupado. Muchas veces se decía á sí mismo: ahora conozco cuán feliz seria si yo no hubiera rehusado las buenas ofertas de Mr. Pause y me hubiera casado con Constanza. Con trabajo, orden y economía, jamás hubiera conocido el pesar, pero la vanidad ha sido mi ruina. He despreciado los bienes que tenia á mi alcance y he pasado toda mi vida en locuras, porque me figuraba que yo sabia mas que los demás; he malgastado toda la fortuna que me dejó mi madre; he arruinado á mi prima y he dilapidado la dote de mi mujer, y todo esto ha sido porque tenia la locura de crearme poeta, músico, hombre á propósito para los negocios; era por la misma vanidad que me hacia decir á mis compañeros cuando no era mas que un muchacho: yo haria todo lo que vosotros haceis, si quisiera tomarme el trabajo de ensayarlo.

Estas reflexiones eran en verdad algo tardías; pero hay siempre cierto mérito en reconocer nuestras faltas de cualquier período de la vida, porque hay tambien muchas personas á las que la experiencia no las enseña nada.

Hacia ya cerca de un año que Edmundo estaba ocupado en pintar para sostenerse, cuando recibió una carta de Mr. Bringueringue en

la que le anunciaba la muerte de su hija Clodora, que habia fallecido á consecuencia de una indigestion producida por el abuso que hacia del turrón de almendra. En sus últimos momentos se acordó de su marido, y rogó á sus padres que le nombraran heredero suyo. Mr. y Mad. Bringueringue, accedieron á cumplir los deseos de su hija, con condicion de que Edmundo no los pidiera nada mientras ellos viviesen.

Edmundo contestó á Mr. y á Mad. Bringueringue que le habia conmovido profundamente el último recuerdo de su mujer y los rogaba que dispusieran de su fortuna como mejor les pareciese. No adelantaba rápidamente en su profesion, pero hacia ya largo tiempo que no creia que las riquezas dan la felicidad; además se habia aficionado á su arte, la práctica le habia hecho adelantar y sus obras le suministraban ya mas medios. Creia que estaba en estado de dejar el pequeño taller que ocupaba y en consecuencia de ello, alquiló una habitacion mejor en la que puso su estudio.

Hacia unos tres meses que habitaba en esta nueva localidad donde llevaba una vida muy retirada, cuando una noche llamaron á su puerta. Era una señora anciana que ocupaba la habitacion de encima de la de Edmundo, pero este no conocia á ninguno de los inquilinos de la casa. La anciana se hallaba bañada en lágrimas y le dijo: ¡por el amor de Dios, venid y ayudadme á cuidar á una jóven que está peligrosamente enferma! Vive arriba en el mismo piso que yo, está sola no sale jamás, trabaja todo el día y no ve á nadie mas que á mí á quien su buen corazon la ha hecho que me preste mil servicios, pero ayer se puso mala y hoy tiene una gran calentura con delirio. Por mi parte no sé que hacer con ella y temo dejarla sola mientras voy á buscar al médico.

Edmundo siguió inmediatamente á la anciana á la habitacion de la enferma; todo en aquel cuarto era sencillo y est ba extraordinariamente limpio y bien ordenado. Edmundo sin saber por qué se sentia agitado de un modo extraño al aproximarse al lecho de la enferma pero ¡cuál fue su dolor al reconocer en aquella enferma casi moribunda que tenia delante de sí á su misma prima!

—¡Constanza! gritó Edmundo.

—¿La conocéis? preguntó la anciana.

—¿Que si la conozco? Es mi prima y hubiera debido ser mi mujer; durante muchos años ha sido la persona á quien mas he amado. ¡Constanza, pobre Constanza! ¡pero no me oye no me reconoce! señora, id al momento á buscar un médico; yo me quedaré aquí y no me separaré de ella un instante hasta que esté fuera de peligro.

La anciana salió y Edmundo quedó solo cuidando de Constanza, que estaba en un estado de delirio en el que frecuentemente pronunciaba el nombre de Edmundo. Este escuchaba sin respirar, el mas pequeño quejido de la enferma, y poco después de estar allí la oyó estas palabras:

—¡Me cree culpable! ¡santo cielo! ¡cree que amo á otro, cuando yo lo hacia todo para dejarle libre! ¡La carta la he dictado yo! conservo aun el borrador en un libro de memoria que él me regaló, y que es el único presente que me ha hecho jamás; allí guardo la prueba de mi sacrificio para hacerle feliz.

Al hablar así estendia los brazos hacia una pequeña caja que habia sobre una cómoda al otro lado de la habitacion; por la primera vez se le ocurrió á Edmundo la idea de la posibilidad de que su prima le hubiera engañado con el objeto de devolverle su libertad. Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en tal generosidad; corrió hacia donde estaba la caja, la abrió y encontró en ella el libro de memoria; recordó en efecto haberse dado á su prima; en una cartera del mismo libro se hallaba el borrador de la carta de letra de su prima, y se puso á leerle; era precisamente el original de la carta que él habia recibido, y que le habia servido de prueba de la infidelidad de Constanza.

Edmundo comprendió en el momento la es-

tension de la generosidad de su prima, que después de haber dado por él su fortuna, habia sacrificado tambien por amor suyo el tesoro mas digno que posee una mujer, es decir, su honor y su reputacion. Corrió hacia donde estaba Constanza, se arrojó ante ella y cogiéndola la mano, se la bañó de lágrimas implorando su perdon, por haberla creído culpable, y maldiciéndose á sí mismo por haber acarreado una desgracia tan inmerecida á una persona que era digna de todo su afecto; pero Constanza era insensible á sus remordimientos y á su ternura; su imaginacion estaba estraviada y sus sufrimientos no servian mas que para aumentar el remordimiento y la desesperacion de Edmundo.

La anciana vecina trajo por fin á un médico, el cual dijo que no podia responder de la vida de la enferma, la mandó un medicamento y se marchó en seguida. Constanza pasó una noche terrible; Edmundo no cerró los ojos en toda ella, porque la anciana vecina fatigada por el trabajo, cayó medio dormida, y Edmundo conoció cuán necesario era relevarla de su fatigosa tarea.

Pero su imaginacion le sugirió una idea feliz; apenas rompió el día y se hubo despertado la anciana señora, cuando dejó la habitacion de Constanza y se dirigió sin detenerse á casa de Mr. Pause; allí refirió todo lo que le habia pasado á él mismo y lo que sabia de la noble conducta de su prima. Apenas habia acabado de hablar, cuando Pelagia estaba ya preparada para salir, y poniéndose rápidamente su sombrero y su chal, le dijo: «llevadme, yo la conozco mejor que ninguno de vosotros y nunca la creí culpable.»

Al cabo de nueve dias, Constanza, que habia estado delirando todo este tiempo y fluctuando entre la vida y la muerte, pasó la crisis de su enfermedad y un sueño dulce siguió al gran letargo que habia tenido. Cuando abrió los ojos se sonrió como una persona que ha olvidado ya su sufrimiento, pero ¿quién podria describir el asombro que la causó ver á su lado á Pelagia, al buen Mr. Pause, á su primo y aun á monsieur Guinguet?

—¿Es un sueño? dijo Constanza, temiendo cerrar los ojos por miedo de que se desvaneciese la ilusion.

—No, replicó Edmundo, estrechándola cariñosamente la mano; el pasado únicamente ha sido el sueño, pero olvidadle, prima mia; vos habeis sido tan generosa para mí, que creo que lo sereis aun; todo lo sé; además los cielos me han devuelto mi libertad para ponerme en el caso de reparar las injusticias que os habia hecho. Perdonadme una vez aun; el pasado no es mas que un sueño y el esposo que os estaba prometido, es el que está ahora arrodillado ante vos; el mismo cuya mano unian nuestras madres á la vuestra, como para unir nuestra suerte.

Constanza no pudo contestar; sus lágrimas corrian por sus mejillas, pero estas lágrimas eran de felicidad, y aun cuando los médicos prohiben severamente á los enfermos el que se entreguen á emociones violentas, esta sensacion sin embargo pareció acelerar la curacion de la convaleciente.

De este modo Edmundo se reconcilió al fin con su prima; Mr. Guinguet miró á Pelagia suspirando como quien dice: no es culpa mia el que otra persona haya hallado á vuestra amiga; cada día de mi vida andaba millas y mas millas dentro de París buscándola por todas partes.

Pelagia no hizo mas que presentarle la mano por toda contestacion y á la verdad la habia merecido bien. Nosotros no queremos afirmar sin embargo, que Pelagia fuese siempre obediente á los deseos de su marido, pero sí aseguramos que Mr. Guinguet no hacia nunca mas que lo que queria su mujer.

FIN

EL GENERAL FRANCÉS LA FAYETTE.

El marqués de La Fayette, célebre general francés y político, que tomó gran parte en los sucesos de la revolución francesa, había nacido el día 6 de setiembre de 1757, en el castillo de Chavagnac, en Auvergnia, y murió en París el 19 de mayo de 1834. A pesar de las inmensas riquezas que heredó, su educación fue casi toda militar, y siendo entusiasta por

la religión y la libertad pasó á América, en donde se le confió el mando de tropas federales para coadyuvar á la obra del famoso Washington. Combatió contra la Inglaterra en el Canadá, en la Florida y otras partes, coronándose de gloria. La retirada de Barren-Hill, el combate de Menmouth, el reembarco de los soldados de Sullivan, y el ataque combinado contra Rhode-Island, le acreditaron de militar consumado y valiente.

Los acontecimientos de Francia le llamaron

á su país, acreditándose siempre de buen republicano, si bien hizo por la familia real todos los esfuerzos imaginables cuando un puñado de sediciosos penetraron en el palacio de Luis XVI desconociendo su dignidad y sus deberes. La Fayette había creado en París la milicia nacional y era su primer comandante; así es que no pudiendo detener los que invadían la morada regia, ni hacerse oír en medio del tumulto, se valió de una escena mímica para reconciliar al pueblo con sus monarcas. Llevó á la



El Canadense y la serpiente.

reina á un balcon y le besó la mano en presencia de una muchedumbre irritada y acercándose á un guardia de corps le abrazó y le puso su cinta tricolor en el pecho. Sin embargo de sus servicios á la causa nacional, no le faltaron enemigos. Fue el último en dejar de tributar al desgraciado Luis XVI honores reales, pero no obstante fue siempre de parecer de que debía conservarse el trono.

Cuando mas adelante se encontró la Francia en guerra con toda Europa, La Fayette salió á defender la frontera contra las tropas prusianas, pero quedó hecho prisionero y fue encerrado en la fortaleza de Olmutz, con otros compañeros de armas. Cinco años duró su cautiverio y al salir de la prision halló un nuevo orden de cosas, en las que no tomó tanta parte, pudiendo siempre conservar la gloria de haber llevado á la victoria las armas francesas. Des-

pues de la caída de Napoleon Bonaparte, apareció de nuevo en la escena política, pronunció notables discursos, viajó por Europa y por América, amando y favoreciendo siempre la libertad, y haciendo por ella fervientes votos. De regreso á Francia tomó parte en la revolución de 1830, declarándose campeón de la libertad y del orden público, del trono popular y de las buenas instituciones. Después de haber prestado tantos servicios á la libertad y al orden, sus grandes propósitos, adelantó quizá su fin por respetar las costumbres populares, y ser sumamente religioso. Quiso acompañar á pie un cortejo fúnebre, la comitiva que conducía al cementerio al diputado Dulong, y al regresar á su casa se halló indispuerto, y no tardó en fallecer terminando su brillante y honrosa carrera.

LA ATRACCION DE LAS SERPIENTES.

Aunque desmentido por algunos viajeros, en cambio son no pocos los que nos hablan de la atracción que ejercen en las culebras y serpientes ciertos individuos de las tribus de América y de Africa. Chateaubriand vió atraer á una serpiente por medio de la música que producía un canadense tocando una flauta, como si sus sonidos subyugaran al terrible animal y adormecieran sus crueles instintos.

Pero donde, según se asegura, se ven todos los días ejemplos de este dominio singular ejercido sobre los reptiles, es entre los pueblos de Egipto, de la Nubia y Senaar, en donde abundan sobremanera las culebras. La promesa que en alta voz hacen ciertos hombres por las calles de desalojar de las casas las serpientes que contengan, es una industria que el lector está

bien distante de conocer. Como en aquellas comarcas hay reptiles en abundancia, no les falta por cierto ocupacion. Cuando un indigena entrevé una culebra en su casa ó sospecha cuando menos su presencia, al instante llama á uno de esos embaucadores. Entra armado de una varita flexible, invoca al cheik Refayh, su patron, y dirige varias imprecaciones á los reptiles. Escúse en seguida á la pared y manda á la serpiente que se presente. La culebra obedece y llega arrastrando por el suelo. Entonces nuestro hombre la coge tranquilamente por detrás de la cabeza despues de haber escupido tres veces encima de ella. Este hecho, por increíble que parezca, dicen que es verdadero. Muchos europeos amigos de chancearse, han referido las proezas de los discípulos del cheik Refayh, y les han visto salir triunfantes de las pruebas á que les sujetaron para que nadie pudiese dudar de su habilidad, ó mas bien de la eficacia del secreto que poseen y explotan. A la verdad, nosotros no entendemos nada en este asunto. Sea como fuere, los miembros de la corporacion de los psilos en Egipto tienen realmente la facultad de mandar á las serpientes, de atraerlas, de hechizarlas, de apoderarse de ellas, etc. ¿Qué os parece? Hasta hace poco esos hombres industrioses escoltaban las comitivas de su falso culto devorando culebras vivas. En el dia se les ha prohibido dedicarse á tan extraño pasatiempo; ya no se les permite llevar serpientes á las plazas públicas ni dar en ellas pruebas evidentes de su poder misterioso; ya no pueden hacer sus habilidades mas que dentro de las casas, ya sea para purgarlas de los animales peligrosos, ya para ejercitarse, á solicitud de los dueños de las mismas, en sus boberías y ridiculos pasatiempos.



El general La Fayette.

LA MODA EN LAS BELLAS ARTES.

La literatura, como la ciencias, la política como las artes, todo cede bajo el poderoso influjo de esa hada indefinible, de ese espíritu caprichoso que llamamos *moda*, y que cual maravillosa corriente eléctrica propaga los sentimientos, las afecciones, los gustos, las simpatías hacia el objeto que eleva en su trono mágico.

La moda invade todas las regiones. Se trata de política, pues á este quebradizo terreno trae la moda los sistemas que la conveniencia ó la fortuna constituyen en árbitros supremos de las sociedades; se trata de cuestiones científicas,

del vapor por ejemplo... la moda le aplicará á todas las fabricaciones, á todos los adelantos, á todos los medios de servir las exigencias humanas. Penetra en la república literaria una nueva escuela, pues todo se resentirá de su influencia, el teatro, la novela, el periodismo. La moda se apodera, en fin, de las bellas artes, y las mas preciosas creaciones de la pintura, de la escultura y de la música, serán el reflejo del sentimiento nacional que deja subyugarse por la *moda*. He aquí por qué en pintura ha pasado ya el tiempo de la escuela religiosa en que se inmortalizaron grandes hombres, para dar lugar á la escuela histórica que como todos los estudios que en el presente siglo se rozan con la historia, pretende ¡cosa rara! rejuvenecer la sociedad actual con el estudio de lo que fueron las antiguas sociedades. Abrid un libro cualquiera y leereis como aprendiendo en lo pasado deberá mejorarse lo presente; ojead cualquier periódico y os dirá que en los sistemas políticos de otros tiempos y de otros pue-

blos se hallaba la libertad, el progreso, la felicidad humana; buscad en las modernas galerias de pinturas lo mas notable, y fascinará vuestra vista algun grande acontecimiento histórico, Cristobal Colon hallando un nuevo mundo, el condestable Alvaro de Luna enterrado de limosna, los comuneros de Villalar subiendo al patíbulo.

En el presente siglo no debe pues vacilar en el género el artista que pretenda alcanzar preza y renombre entre sus compañeros.

Pero muchos de nuestros pintores, con aquel instinto que da el verdadero genio, al dedicarse al género histórico no pretenden halagar el espíritu del siglo, por mas que subyuguen el pincel al imperio de la moda. He aquí tambien el



El general La Fayette, al frente de sus tropas.

Ayuntamiento de Madrid

motivo porque dentro del mismo grandioso círculo en que campea el género histórico, encontramos en nuestros días cuadros de mucho mérito por mas que no se recurra á los grandes episodios de la ciencia, del furor de los partidos ó de los humanos desengaños. Cuadros hay que nos dejarán enteramente cautivados, por mas que, si bien histórico, sea modestísimo su asunto. Contamos en este número el de *Florinda en el baño*, debido al inteligente pincel del Sr. Lozano.

Asunto sencillo, que sin embargo motivó todo un cambio social en una nación vasta y poderosa; asunto trivial, al parecer, el momento de entrar en el baño una hermosa codiciada por el monarca godo Rodrigo; pero que ofreciendo todos los peligros de tan indiscreto momento, requería gran habilidad en la composición, verdad en el conjunto y libertad de maneras que no constituyesen un frío y amanerado episodio. Comprende Lozano demasiado bien la misión del artista para que no se poseyese del asunto, y así es que la vida que respira la figura de Florinda es casi inimitable. El pecho de la ca-ta doncella se ensancha con dificultad al descubrir sus virginales formas, como si adivinase que la contempla vilmente escondido el hombre que ansía mancillar su honra. Aquella figura no habla, como suele decirse, dentro del cuadro, pero respira, vive y pueden seguirse los movimientos que su pudor, alarmado como por un fatal presentimiento, imprime en sus angelicales miembros. Apesar de que todo el lienzo infunde una dulce melancolía cual si de aquel momento debiesen surgir numerosas desgracias, el colorido está perfectamente adecuado al asunto y dispuesto con acierto, en términos que ni lo principal roba la atención á lo accesorio, ni este se pierde á nuestros ojos al contemplar su conjunto armónico.

Ved los pliegues del ropaje de que se desnuda Florinda.... no los toqueis, dejadlos así con la misma naturalidad y sencillez con que han caído por sí solos; ellos se han formado, nada tienen de ficticio, podríamos darles nuevas ondulaciones, pero no serían las que tienen ahora, tales como han quedado en el borde del baño, según la libre voluntad de su caprichoso tejido, caídos sin estudio. Cuéntase de un escultor antiguo que pidió á los dioses, animasen la estatua que acababa de salir de sus manos, ardentemente enamorado de su trabajo y se añade que los dioses accedieron á este deseo: nosotros, si fuésemos gentiles y manejásemos el pincel como Lozano crearíamos por demás pedir á los dioses que animasen las figuras de nuestros cuadros.

FLORENCIO JANER.

EL POETA EN EL SIGLO XIX.

Galana flor de perfumado aroma
Su cáliz desplegando en el desierto;
Solitaria y tristísima paloma
En campo estéril, infecundo y yerto:
Cándida vírgen que anhelante asoma
La pura faz al mundanal concierto;
Tal es la imagen figurada y breve
Del poeta en el siglo diez y nueve.

Cuando se agita la sangrienta tea
De la discordia y hasta el cielo asciende
El ronco grito de feroz pelea,
Cual rauda nube que el espacio hiende;
Cuando el monstruo guerrero se pasa
Sobre la hoguera que su vista enciende,
Y de la audaz política al empuje
El mundo se estremece, tiembla y cruje;

Cuando se agostan de virtud las flores
Al soplo sepulcral del egoísmo,
Y sumergirse vemos los amores
Del cálculo letal en el abismo;
Cuando el alma agoviada de dolores
Y anonadada en negro parasismo
Por donde quiera que la vista lanza
No vislumbra ni un rayo de esperanza;

Cuando se apaga de la fe sincera
La purísima antorcha fulgurante,
Y amarga duda el corazón lacera

Desde el gastado sabio al ignorante;
Cuando del mundo la estendida esfera
Ynunda audaz con pasos de gigante
Despreciando lo humano y lo divino
Del interés el álito mezquino.

¿A dó d'rigir los ojos
si se agita el alma inquieta?
¿Cómo cumplir el poeta
su pacífica misión?

¿Dónde encontrará las flores
¿Quién lo oirá cuando suspira,
Si no encuentra inspiración?
Para ornar su pobre lira?
¿Quién prestará á sus acentos
El melancólico encanto,
Que verter nos hace el llanto
De su canción al compás?
Y si canta entristecido
Sus amorosos pesares
¿Quién sus téntricos cantares
Con placer escuchará?

Flor exótica en el mundo
Privada de puro ambiente,
Agitada fuertemente
Al soplo del vendabal.

Ave en medio del espacio
Quejándose lastimera,
Sin una rama siquiera
Donde poder reposar.

Nave frágil arrojada
Al triste mar de la vida
Navegando combatida
Sin brújula ni timón.

¿A dó dirigir tu rumbo
En tan inmenso desierto?
¿Dónde hallar tranquilo puerto
Para el triste corazón?

¡Ay de tí pobre poeta!
Como errante peregrino
Cuyo azaroso destino
Es vivir para viajar,
Así el tuyo en este mundo,
Aunque el mundo no te atiende,
Ni tus cantares comprenda,
Es vivir para cantar.

Cantemos, pues: la cítara sonora
Derrame sus torrentes de armonía:
Cantemos al nacer la bella aurora,
Cantemos al morir la luz del día.

Cantemos á la luna y las estrellas
Melancólicos cantos de dulzura;
Cantemos á las fúlgidas centellas
Del claro sol que en el zenit fulgura:

Cantemos la virtud y la pureza,
Cantemos el honor y valentía,
Cantemos el amor y la belleza
Cantemos la amistad y la hidalguía.

Y si del mundo en la extensión inmensa
Para cantar no hallamos digno asunto,
Si nada bello nuestro ardor compensa
De tanto aciago mal en el conjunto;

Busquemos melancólico sosiego
En mitad de la noche solitaria,
Y llena el alma de sagrado fuego
Alcemos hasta Dios nuestra plegaria.

Cantemos sin temores; inunde el ancho mundo
El mágico torrente de rauda inspiración:
Cruzcemos placenteros el claro mar profundo
De arrebatada y pura fantástica ilusión.

La lira es nuestra nave: la estrella de bonanza
A nuestra vista ansiosa comenzará á huir,
Que entre rosados velos de placida esperanza
Desplega sus encantos glorioso porvenir.

No importa que del mundo la ronca carcajada
Salude nuestros cantos con sátira cruel;
Llevar siempre cuidemos la lira bien templada,
Para endulzar del mundo la envenenada miel.

Y así nuestro destino ufanos cumpliremos
Impávidos batiendo la dura adversidad:
Y de este falso mundo tranquilos partiremos
Cuando sus puertas abra la oscura eternidad.

ROJAS DE ROJAS.

LA OVEJA PERDIDA.

En el centro de una cadena de colinas que
rodean un fértil valle de los Alpes semejado

una corona de zafiros, cuidaba de sus ovejas la
jóven Emma. Dejando que vagasen de uno á otro
lado según su capricho, empezó esta á coger
fresas en la pendiente de una colina para rega-
lar á su madre, cuando le trajese al mediodía su
comida. Llenada la cesta se dirigió á donde es-
tada su ganado; pero ¡cuál fué su angustia al
ver que faltaba una de sus seis ovejas! En vano
la buscó por las veredas mas ocultas del valle
y en el arroyo que corría detras de la colina.
Tal vez se habrá entrado en el bosque! se dijo
á sí misma, y se dirigió hacia él.

Penetró llena de ansiedad en la espesura,
aplicando á cada momento el oído por ver si los
balidos podían indicarle donde se hallase. De
pronto aparece entre los espesos matorrales un
venerable peregrino que contestó á su saludo
con faz risueña. «¿Podrás decirme amable pas-
torcita, preguntó, si corre alguna fuente por
estos alrededores? Hace dos horas que ando er-
rante por el bosque y la sed me ahoga.» «Padre
venerable, contestó la niña, en este bosque no
encontraréis manantial alguno, pero venid don-
de está mi rebaño y podeis refrescaros con le-
che de mis ovejas.»

Siguió el peregrino con paso incierto á Em-
ma, quien olvidando en aquel momento la pér-
dida de su oveja, solo pensó en la sed del an-
ciano que hablaba poco, pero que con sus ojos
bendecía á la jóven y cada vez que la miraba
se llenaban de lágrimas. Pero al llegar á la fér-
til pradera donde descansaba el rebaño, ¡oh!
prodigio! aparece allí la oveja perdida que ha-
bía encontrado sola el camino. Fuera de sí de
alegría, llena Emma su vaso de madera con
dulcísima leche y se lo ofreció al extranjero,
buscando en sus alforjas un pedazo de pan de
centeno. «Para mi madre, dijo entregándole
además las fresas, pues yo podré coger otras.

—«¿Cómo te llamas hermosa niña? preguntó
el peregrino, mientras humedecía su garganta
con tan sabrosa fruta. «Seguramente no eres
tú de este país.» «Me llamo Emma, contestó la
jóven, ¿mas porqué me creéis extranjera en
esta tierra? «¡Ah! añadió el peregrino, «yo sé
aun mucho mas. Dáme tu mano, repuso lleno
de alegría, dáme tu mano y oirás de mis labios
la verdad.»

Emma alargó su mano con curiosidad y con-
templándola el peregrino por un momento, dijo
con voz solemne. «Tu cuna se meció en un
castillo. Tu padre.... ¡ah! una densa nube os-
curece su paradero, y tu pobre madre era una
mujer como hay pocas en la tierra, si mal no
leo se llamaba Berta.» Emma palideció y reti-
rando su trémula mano clavó los ojos en el pe-
regrino. «Nada temas, hija mia, dijo este acar-
ciándola, llévame á donde está tu madre porque
traigo noticias de un caballero suave, persegui-
do por el Emperador, porque en el torneo de
Worms...» «Por amor de Dios, interrumpió
Emma, temblando, que nadie pronuncie el
nombre del caballero. Lo sabeis todo, pero de-
cidme... dónde se halla y si vive!» «Todo lo sa-
brás cuando me lleves donde está tu madre.»
La veo venir por el camino, allá abajo... escla-
mó Emma llena de alegría y dirigiéndose al lu-
gar donde se hallaba su pequeña choza.

Cuando la descubrió el peregrino, parecía
que su alma quería abandonar su cuerpo para
salir al encuentro de los que se acercaban mien-
tras mudo de asombro, contemplaba como Ber-
ta acababa de subir la colina. Traía en su mano
un plato de legumbres y en su delantal una
torta recién cocida. Todavía era hermosa; pero
la desgracia había entristecido su mirada y sur-
cado con arrugas su frente. Al acercarse, se
adelantó el peregrino con paso incierto, pero no
pudiendo contenerse... «¡Berta, Berta mia!» es-
clamó, tendiéndole sus brazos... «¡Arnolfo mio!»
fue lo único que aquella pudo contestar, pues
cayó sin sentido en los brazos de su esposo.

Emma cubría de besos y de lágrimas á sus pa-
dres mientras procuraba hacer volver en sí á la
desmayada. ¿Quién resiste á la voz de la natura-
leza y del amor? Berta volvió en sí, y después
de un cuarto de hora, el mas feliz de su vida,
apoyándose sobre el hombro de su esposo y su
hija, pudo volver á su modesta cabaña.

Refirió Arnolfo en el camino, cómo perseguido por los amigos del difunto, había atravesado reinos lejanos y conducido por un duque vene- ciano había llegado á la remota Lusitania, don- de empeñado en guerra con los infieles, había sido distinguido y elevado á general por el Rey quien le coronó tres veces por vencedor, ha- biendo recibido en recompensa bienes y rique- zas. «Cuando los moros, añadió, fueron arro- jados completamente de todo aquel país, no hubo fuerza alguna que me impidiese buscar á mi esposa y á mi hija. En las fronteras ale- manas me disfracé con traje de peregrino y me dirigí al palacio de mi buen amigo Bertran, al cual debeis vuestra salvacion. El fue quien me refirió todo lo que sabia de vuestro retiro; el fiel criado que os habia acompañado á este rin- con de tierra habia muerto, y por eso me ha costado tanto trabajo encontrarlos. La mano in- visible de Dios me guiaba, sin embargo, y quan- do me los esperaba hallé á mi hija Emma. Solo tenia siete años cuando la dejé pero en su rostro conocí de pronto las facciones de su ma- dre.» Y así diciendo las abrazó de nuevo. La felicidad ahogaba sus palabras!

Después de tres días celestiales pasados en la solitaria cabaña, al cabo de los cuales se di- rigieron por el monte San Gotardo á Italia, se embarcaron en Génova y dos meses después arribaron felizmente á Lisboa. Allí presentó Arnolfo á los reyes su esposa é hija. Manuel el Grande deseó quedasen todos en la corte; pero ellos prefirieron la vida tranquila del cam- po retirándose á una deliciosa casa de campo á orillas del Tajo en donde olvidaron su desgra- cia, si bien no á los desgraciados.

PFEFFEL.

LOS DELFINES.

(CONTINUACIÓN.)

A Mr. Cuvier debemos un estudio profundo sobre el esqueleto de los delfines. Estractare- mos testualmente los pasajes de este naturalista que tienen relacion directa con nuestro asunto. En los delfines el cráneo está muy levantado, es muy corto y combado hácia atrás; la cresta occipital circuye lo alto de la cabeza y baja por ambos lados sobre el medio de las crestas pec- torales, que se dirigen mucho mas hácia atrás que ella. Esta cara occipital, tan grande y tan convexa, está formada por los huesos del mismo nombre, por el intermaxilar y por los parietales, que se unen todos muy pronto en una sola pieza. Los parietales bajan por cada lado de las sienes entre el temporal y el fron- tal, á unirse con el esfenoides posterior. Por delante y por encima se terminan estos parie- tales detrás de la cresta occipital y las quijadas, acercándose mucho por su lado, lo que hace que el frontal no represente al exterior mas que una faja muy estrecha que atraviesa la ca- beza de derecha á izquierda, y parece se dilata en cada extremidad para formar la bóveda or- bitaria: pero cuando se quita el maxilar que viste por encima esta bóveda y casi toda la cara anterior del cráneo, se ve que el coronal es mas ancho de lo que parece esteriormente.

Constituyen los dos huesos de la nariz dos tubérculos redondos encajados en dos fosas en medio del frontal, y por delante de los cuales se introducen verticalmente las aberturas an- teriores. La cara posterior y vertical está for- mada por la hoja cribosa del etmoides que tiene pocos agujeros, tres ó cuatro y algunas veces menos. El resto del contorno interior de las fosas nasales pertenece á los maxilares; su ta- bique es el vómer, que se articula con el etmoi- des como sucede ordinariamente. En efecto, los maxilares, después de haber formado el ho- cico prolongado, se ensanchan cuando llegan á la órbita, cubren con una lámina ancha la bó- veda que el frontal da á estas cavidades, y toda la cara de este hueso, excepto la pequeña faja que deja ver lo largo de la cresta occipital, y vienen á articularse con los huesos de la nariz. Los dos intermaxilares forman el borde esterno

y anterior de la abertura nasal, y bajan por encima y entre los dos maxilares hasta la punta del hocico, donde se ven aun por debajo. Con- todo, no es el frontal el que forma enteramente la cara inferior del techo de la órbita; la parte anterior está constituida por un hueso plano é irregular, cubierto por encima como el frontal, por el maxilar, que recibe el nombre de yugal, y de cuyo ángulo anterior sale una apófisis del- gada y larga que se dirige hácia atrás, y va á articularse con la cigomática del temporal; este hilo delgado es el único límite óseo de la órbita por la parte inferior. La apófisis cigomática del temporal se une á la post-orbitaria del frontal para limitar la órbita por detrás, de donde re- sulta que todo el arco cigomático propiamente dicho, pertenece al temporal. Este último hueso está poco estendido en la sien, y se termina en la cresta temporal, de modo que no aparece en el occipucio; por debajo, el occipital lateral y el basilar producen unas láminas salientes, que uniéndose á la continuacion del ala terigóidea y á una lámina del temporal, componen una especie de bóveda, delajo de la cual están sus- pendidas, por medio de ligamentos, la porcion petrosa y la caja que se suelda prontamente en una sola pieza: el parietal, después de haber pasado por detrás del temporal, llega á formar parte de aquella bóveda. El temporal casi no entra en la composicion del cráneo, no sirvien- do mas que para tapar algunos agujeritos que el parietal ha dejado. Este es el principio de la separacion que experimenta en las clases infe- riores. La parte de estas crestas que rodea por cada lado la region basilar hace que se parezca á un ancho canal. En el fondo de la órbita se ven los dos esfenoides colocados como siempre: el posterior tocando al temporal, al parietal y al frontal; el anterior, al posterior, al frontal y á la apófisis terigóides interna; pero lo mas particular es la forma y composicion de los bordes de las ventanas de la nariz. De todo el contorno posterior de la cara inferior ó palatina de los maxilares parte una especie de pirámide cuadrangular, cuya base está atravesada verti- calmente por las ventanas de la nariz, y lo res- tante está hueco ó contenido entre dos láminas abiertas hácia atrás: son una especie de pare- des dobles que revisten la abertura posterior de las ventanas de la nariz. Se componen de las apófisis terigóides internas y de las palati- nas, que se repliegan para formar la base de esta doble pared, y la bóveda queda completa por el maxilar con el cual se articulan.

Los apófisis terigóidea interna se encorva formando una S. Una de estas curvaturas se articula esteriormente con la bóveda palatina para prolongar la pared inferior y esterna; la otra se une al otro arco del paladar, y se con- tinúa en seguida con el esfenoides anterior, para articularse con el vómer y completar de esta manera la pared interna de la parte poste- rior de las ventanas de la nariz; de lo que re- sulta que el borde todo entero de la fosa nasal, salvo el vómer, pertenece, como en los hormi- gueros, al hueso que siempre hemos llamado apófisis terigóidea interna. Lo que el delfin tie- ne de particular, es un gran seno comprendido entre las dos paredes de este borde. El esfenói- des posterior se suelda al basilar mucho mas pronto que el anterior y aun le he encontrado soldado en ciertos fetos antes que todos los demás huesos. Este desarreglo casi absoluto de todos los huesos cambia mucho la direccion de los agujeros. En lugar del incisivo, hay un lar- go conducto que corre entre las dos quijadas y los intermaxilares, desde la punta del hocico hasta las ventanas de la nariz, cerca de las cua- les se bifurca. Es menester buscar el agujero suborbitario en la bóveda de la órbita, donde representa una cavidad abierta, por debajo de la cual salen en diferentes direcciones unos conductos que van á abrirse á la cara superior de los maxilares y de los intermaxilares, no por debajo sino por encima y en frente de la órbi- ta. Yo no he encontrado ni hueso ni agujero la- cimal. En un hueco, por delante de la órbita, entre el maxilar, el vómer y una punta del pa- latino, hay un agujero pequeño que sube ó las

ventanas de la nariz, que recibe el nombre de *esfeno palatino*. Para corresponder al *terigo- palatino*, no se ve mas que un agujero peque- ño en la union del palatino con el maxilar en el paladar, el cual corresponde al seno colocado á cada lado de las fosas nasales posteriores. El agujero óptico es mediano, y se encuentra en el esfenoides anterior como de costumbre.

(Se continuará.)

Á LOPE DE VEGA EN SU CUMPLEAÑOS.

Trescientos años hace que has nacido,
y por eso hoy acuden á tu casa
los sabios y académicos en masa
á hacerte la visita de cumplido.
Verás cuál te regalan el oído,
que no andará la adulacion escasa,
pero tú á tantos plácemes sin tasa
se que no te has de dar por entendido.
Tal vez la gente de escribir te prive.
¿Quieres creerme? siéntate al brasero,
contesta al que te busque «aquí no vive»
ó pon sobre tu puerla este letrero:
«Don Lope de la Vega no recibe.»
«Las tarjetas se dejan al portero.»

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

LA NIÑA Y LA ROSA.

—Madre mia, dijo Laura
Dando un suspiro envidiosa;
Cuán lozana es esa rosa
Que agita apacible el aura!
Oh! qué delicia sería
Poseer su grato olor
Y su encendido color!
—Tú los posees, hija mia.
—Yo!
—Ignoro por qué lo estrañas,
Teniendo una rosa bella
Pura y brillante cual ella.
—Pienso, madre, que me engañas.
—No á fe, que mi amor esquivaba
Hasta el engaño inocente.
La niña inclinó su frente
Y se quedó pensativa.
—Madre, dijo al breve rato,
Mi impaciencia crece mucho
Porque no acierto, aunque lucho
Con mi entendimiento ingrato.
—Decírtelo, pues, me toca
Ya que el afán te consume:
Tu aliento es, hija, el perfume...
—Madre, ¿y la rosa?
—Tu boca.
JOSÉ VILLET.

EL CIRCO BARCELONÉS.

Así se llama uno de los mas lindos y concur- ridos teatros de Barcelona, que comprende como pocos la manera de lograr para su reper- torio piezas de mérito, ofreciendo concursos públicos á los que concurren los escritores de mas nota. Una comedia nueva en tres actos y en verso, presentada al concurso dramático de dicho teatro, con el título de *Una deuda de honor*, premiada por su asunto y notable mérito literario en el certámen que tuvo efecto en mayo último, parece que será puesta en esce- na en el presente mes, según aseguran diver- sos periódicos que tributan elogios al especial acierto con que se desarrolla la accion y se in- teresará al espectador con su bien combinada y peregrina trama. *Una deuda de honor* será indudablemente comedia aplaudida por el pú- blico de la antigua ciudad condal, y con ella obtendrá el *Circo Barcelonés* un lleno comple- to. Según se nos asegura su parte literaria está igualmente desempeñada con facilidad y maes- tría.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1863.

Escrito por Breton de los Herreros, Artzembusch, Principe, Monlau, Ruiz Aguilera, Alarcon, Palacio, Arnao, Ribot y Fontseré, Fernandez Cuesta, Janer, Fernandez y Gonzalez, Alberne, Angela Grassi, Garcia y Santisteban, Bekquer, Cuenca, La Rada y Delgado, Nuñez de Arce, Carlos Navarro, Frontaura, Gonzalez de Tejada, Martinez Pedrosa, Castillo y Alba, Picatoste, Ferran, Labaila, Ramirez y Casas Deza, Lopez de la Vega, M. Gimenez Peña, R. Molina, J. Marin, Lasso de la Vega, etc., etc.

LOS ESTADOS UNIDOS.



EL INGLÉS. ¿Por qué á Inglaterra no vienen
las pacas de Nueva York?
EL YANKEE. Porque no estamos ahora
por las balas... de algodón

UN EMPLEADO DEL GOBIERNO EN FIN DE MES.



Muchos dias trae el año
tan brillantes como el sol.
los de gala, los domingos
y los dias de TURRON.

[FASES DE LA LUNA.



Cuarto creciente.



Cuarto menguante.

Este ALMANAQUE, con numerosas poesias y articulos escritos espresamente por los primeros literatos, enriquecido con caricaturas y grabados, se regala á los suscritores á *El Museo Universal*, que lo fueren para todo el año de 1863. Por la multitud y variedad de sus noticias útiles, es asimismo de lo mas interesante que en este género se ha dado á luz; por lo que no solo sirve de agradable entretenimiento sino de prontuario de asuntos necesarios ó importantes.

Véndese á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias franco el porte.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.